



Arturo Pérez-Reverte

Se desvela una descarnada y mordaz visión de la guerra y la condición humana

vaska. Todos los mariscales tulla dirección, e inmedia- lleus, sacrebleus y nomde- y el estremeedor ronqui- los cadáveres que el flanco el desorden de la retirada, o frente a Sbodonovo, un or batallón con las guerres- casa de línea, avanzaba en erizado de bayonetas, en

tedado sin habla. Durante i mantuvo la vista fija en dos se habían endurecido, smandíbulas, y los ojos de as una profunda arruga bajo el sombrero, como un

llo el general Labraguette, lempre tartamudeaba bajo ue en la campaña de Italia ibardeo austriaco en una te lo-locos, Si-Sire.

la fija en el solitario bata- ovio lento y majestuoso la dentemente- en la que él ona imperial aquel día en



de las manos del papa ho, ignorante de con quién os corsos y no corras. Que os IV, el ex-rey de España. e y simpaticote con hechus- su legítima.

a, en un tono admirado y os, Labraguette -el Petit se ones del chaleco, bajo los rse estremeció de orgullo. Soldados franceses de la mos, que con sus bayone- cuelgo la gloria... -sonrió, úmedos-. Mí buena, vieja

le su interior por los relám- nareada del combate ocultó campo de batalla, y todos, r-de inquietud. En aquel

Instante, la suerte del pequeño batallón, su epopeya osada y singular, la inutilidad de tan sublime sacrificio, acaparaban hasta el último de los pensamientos. Entonces el viento arrancó troncos de humo abriendo algunos claros en la humareda, y todos los pechos galoneados de oro, alamares y relucientes botonaduras, todos los estómagos bien cebados del mariscalato en pleno, exhalaban al unisono un suspiro de alivio. El batallón seguía allí, firme ante las líneas rusas, tan cerca que en poco tiempo llegaría a distancia suficiente para cargar a la bayoneta.

-Un hermoso su-sucidio -murmuró conmovido el general Labraguette, sorbiéndose con disimulo una lágrima. A su alrededor, los otros mariscales, generales y edecanos asentían graves con la cabeza. El heroísmo ajeno siempre conmueve una barbaridad.

Aquellas palabras rompieron el estado de hipnosis en que parecía sumido el Ilustre.

-¿Suicidio? -dijo sin apartar los ojos del campo de batalla, y soltó una breve risa sarcástica y resuelta, la misma del 18 Brumario, cuando sus granaderos hacían saltar por la ventana a los padres de la patria pinchándolos con las bayonetas en el culo. Usted se equivoca, Labraguette. Es el honor de Francia -miró a su alrededor como si despertara de un sueño y alzó una mano-. ¡Alaix!

El coronel Alaix, que coordinaba las misiones de enlace, dio un paso al frente y se quitó el sombrero. Era un individuo de ascendencia aristocrática, relamido y pulcro, que lucía un aparatoso mostacho rizado en los extremos.

-¿Sire?

-Averigüeme quiénes son esos valientes.

-Inmediatamente, Sire.

Alaix montó a caballo y galopó ladera abajo, mientras todos en la colina se mordían los galones de impaciencia. Al poco rato estaba de vuelta, sin aliento, con un agujero en mitad de la escarapela tricolor que lucía en el empujado sombrero. Saltó del caballo antes de que éste se detuviera encabritado entre una nube de polvo, imitando la pose del jinete de cierto conocido cuadro de Gericault. Alaix tenía fama de numerero y fantasma, y nadie lo tragaba en el Estado Mayor. A todos los mariscales les habría encantado verlo partirse una pierna al desmontar.

El Ilustre lo fulminaba con la mirada, impaciente.

-¿Y bien, Alaix?

-No se lo va a creer, Sire -el coronel escupía polvo al hablar-. No se lo va a creer.

-Lo creeré, Alaix. Desembuche.

-No se lo va a creer.

-Le aseguré que sí. Venga.

-Es que es increíble, Sire.

-Alaix -el Ilustre daba impacientes golpecitos sobre el cristal del catalejo-. Le recuerdo que al duque de Enghien lo hice fusilar por menos de eso. Y que con esa mierda de flanco derecho deben de quedar cantidad de vacantes de sargento de cocinas...

Los generales se daban con el codo y sonreían, cómplices. Ya era hora de que le metieran un paquete a aquel gilipollas. Alaix suspiró hondo, hundió la cabeza entre los entorchados de los hombros y se miró la punta del sable.

-Españoles, Sire.

El catalejo fue a caer entre las botas del Ilustre. Un par de mariscales de Francia se abalanzaron a recogerlo, con presencia de ánimo admirable pero estéril. El enano estaba demasiado boquiabierto para reparar en el detalle.

-Repta eso, Alaix.

Alaix sacó un pañuelo para secarse la frente. le caían gotas de sudor como puños.

-Españoles, Sire. El 326 batallón de Infantería de Línea, ¿recuerda?... Voluntarios. Aquellos tipos que se alistaron en Dinamarca.

Como obedeciendo a una señal, todos cuantos se hallaban en lo alto de la colina miraron de nuevo hacia el valle. Bajo los remolinos de humo, en filas compactas entre las que relucían sus bayonetas, haciendo caso omiso del diluvio de fuego que levantaba surtidores de tierra y metralla a su alrededor, marchando a través de los rastros de maizal sembrados de cadáveres, el 326 batallón de Infantería de Línea -o sea, nosotros- proseguía imperturbable su lento avance solitario hacia los cañones rusos.

Durante la campaña de Rusia de 1812, en un combate adverso para las tropas napoleónicas, un batallón de antiguos prisioneros españoles, enrolados a la fuerza en el ejército francés, intenta desertar, pasándose a los rusos.

Interpretando erróneamente el movimiento, el Emperador lo toma por un acto de heroísmo y ordena en su auxilio una carga de caballería que tendrá imprevisibles consecuencias.



ARTURO PEREZ - REVERTE. Nació en Cartagena, España en 1951. Es actualmente uno de los escritores de habla hispana más leídos. Ha publicado las siguientes novelas: "El capitán Alatriste", "Limpieza de sangre", "Territorio comanche", "El club Dunas", "Patente de corso", "La tabla de Flandes", "La piel del tambor" y "El maestro de esgrima".